

Combate en la Puerta de Saint-Denis, París, durante la revolución de julio de 1830, por Lecomte (Museo Carnavalet, París). La conmoción revolucionaria de 1830 supuso la rebelión final de la burguesía contra la política ultraconservadora de Polignac, primer ministro de Carlos X.

Lucha entre el absolutismo y las ideas constitucionales

La Revolución en Francia no terminó, como se cree generalmente, con el episodio del Imperio, ni las guerras de Napoleón fueron la gran aventura que consiguió distraer a los franceses de sus ideales democráticos. Inmediatamente después de Waterloo, recomenzó la lucha en el Parlamento, en las redacciones de los periódicos y en las calles con barricadas. Lo que se debatía, más que ventajas materiales, eran principios. Los Borbones insistían en sus derechos de soberanos por la gracia de Dios y otorgaban libertades constitucionales como un favor gratuito, no como un reconocimiento de la soberanía popular. La *Carta* era otorgada.

La Contrarrevolución, al principio, se defendió con argumentos de carácter filosófico. Según Joseph de Maistre y otros tradicionalistas, la sociedad humana empezó, no por un contrato entre salvajes que se puede deshacer o cambiar, sino como un régimen inevitable establecido por Dios. "El hombre es un ente social que nunca se ha podido observar desasociado", decía De Maistre; por

El conde José de Maistre (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Filósofo de desigual producción, fue uno de los principales teóricos de la contrarrevolución, aferrado a ideas del más trasnochado tradicionalismo y defensor de la monarquía de derecho divino.



tanto, en el embrión de estado, en las tribus primitivas, se encuentra ya el patrón definitivo de la sociedad civilizada. En todas las sociedades naturales (obsérvese que se hace intervenir a la "romántica naturaleza" para defender el absolutismo, como Rousseau la introdujo para defender la libertad), los grupos sociales están escalonados en jerarquías. Las desigualdades de posición deben considerarse consecuencia del plan divino. En lo alto de la escala está el papa. El poder del monarca queda regulado por instituciones tradicionales, se apoya en el clero y se auxi-

DIOS Y LA LIBERTAD

A la caída del Imperio, los católicos franceses abrazaron con entusiasmo la causa de los Borbones, reanudando la tradicional unión Trono y Altar que había sido preconizada durante los tormentosos años de la Revolución por los teóricos del absolutismo como Joseph de Maistre y De Bonald. Francia volvía a ser, al menos oficialmente, "la hija primogénita de la Iglesia", regida por un "rey cristianísimo", y en las iglesias se cantaba:

"Vive la France,
Vive le Roi,
Toujours en France,
Les Bourbons et la foi".

Pero grandes sectores del país estaban profundamente descristianizados, y esta política, que identificaba los intereses políticos con los religiosos y el apoyo incondicional de los católicos a la monarquía absoluta, desprestigió a la Iglesia a los ojos del pueblo e influyó en que la revolución de 1830 tuviera un carácter acentuadamente anticlerical. En palabras de Georges Goyau, la Restauración demostró ser una mala protectora del catolicismo, ya que sólo consiguió hacerlo odioso e impotente.

La revolución de Julio asustó a los creyentes, y el gobierno de un rey como Luis Felipe, que hacía gala de irreligiosidad, y de una burguesía de tendencias volterianas parecía anunciar los mayores desastres; la gran influencia que la Iglesia había ejercido por vías coactivas en los años anteriores (ley sobre la obligación del descanso dominical en 1814, desde 1816 las "misiones" que recorrían todo el país, depuración en la universidad de elementos no católicos, etc.) iba a verse muy menguada; pero, paradójicamente, es en el período que media entre las dos revoluciones de 1830 y 1848 cuando, a pesar de la clara hostilidad de las clases dirigentes, la Iglesia francesa se revitalizó en todos los campos, en gran parte debido a la necesidad de romper el compromiso que la ataba al Antiguo Régimen.

En esta fase de renovación, uno de los fenómenos más importantes y más originales es el del llamado "catolicismo liberal", que aparece al filo del año 1830. Su principal precursor bajo la Restauración fue el barón de Eckstein, danés de origen judío convertido primero al protestantismo y luego al catolicismo, que desde 1816 publicó el periódico "Le Catholique", condenando la teocracia y el derecho divino de los reyes y defendiendo, en nombre de la religión, los lemas revolucionarios de la libertad y la igualdad. Pero el impulso principal de esta tendencia se debió a un clérigo, Lamennais, quien, después de distinguirse por sus ideas ultramontanas (es decir, contrarias a la dependencia de la Iglesia francesa del estado), en octubre de 1830 fundaba, junto con un grupo de amigos –entre ellos, Lacordaire y Montalambert–, el periódico "L'Avenir", que ostentaba como divisa "Dieu et Liberté".

Las avanzadas opiniones que defiende ardorosamente "L'Avenir" (libertad de prensa, libertad de enseñanza, libertad de asociación, libertad de cultos, separación de la Iglesia y el estado) debían escandalizar a la mayoría, que siempre había asociado estas ideas con los enemigos de la religión, pero tuvieron inmediatamente un gran eco en el bajo clero –unos 2.000 abonados, de los 3.000 que tenía "L'Avenir"– y en algunos laicos. Casi todos los obispos franceses se opusieron enérgicamente a la actitud del grupo de Lamennais, y el papa, preocupado por las revueltas de los Estados Pontificios y el auge del liberalismo anticlerical, se negó a aprobar un liberalismo católico que le parecía demasiado arriesgado: la encíclica *Mirari Vos* (agosto de 1832) puso fin a la aventura de "L'Avenir", con gran amargura de Lamennais y de sus amigos, quienes, a pesar de todo, siguieron defendiendo sus ideas de un modo más disimulado, hasta que en diciembre de 1833 Roma les impuso la sumisión total.

No obstante, Lamennais no se resignó al silencio y en abril de 1834 publicaba *Palabras de un creyente*, libro de inmensa resonancia (ocho ediciones en menos de un año) en el que exponía apasionadamente sus convicciones. A partir de este escándalo, que implica una clara rebeldía, se quedó completamente solo: Montalambert se negó a seguirle por aquel camino, Lacordaire refutó la obra y en julio de 1834 la encíclica *Singulari Nos* condenó las *Palabras de un creyente*. Durante dos años más, Lamennais seguirá considerándose como sacerdote y católico, aunque en desacuerdo público con la jerarquía, pero la publicación en 1836 del libro *Affaires de Rome*, en el que "en nombre de la raza humana" se niega a adoptar la doctrina oficial de Roma, significa su ruptura definitiva con la Iglesia.

Mientras Lamennais se alejaba cada vez más de la ortodoxia, orientándose hacia un humanitarismo de inspiración evangélica, el espíritu de "L'Avenir" perduró de un modo más o menos diluido en la obra de personalidades como Ozanam, fundador de las conferencias de san Vicente de Paúl (1833), Lacordaire –restauración de la orden dominica en 1838, famosas conferencias en Notre-Dame– y, sobre todo, Montalambert, quien pasó a la acción política. La revolución de 1848 fue un duro golpe para esta minoría de católicos liberales, y Montalambert, por ejemplo, se inclinó hacia una postura mucho más moderada y conservadora, pero todavía bajo el Segundo Imperio su oposición al régimen le hizo chocar con la jerarquía francesa, que consideraba a Napoleón III como "el instrumento de las bondades de la Providencia".

En el Congreso de Malinas de 1863, Montalambert expuso por última vez sus ideas liberales, que contrastaban con las de la gran mayoría de la opinión católica, pero al año siguiente el *Syllabus* de Pío IX le desautorizaba por completo. Montalambert se sometió, comentando con amargura lo que él llamaba "el triunfo permanente de esos teólogos laicos del absolutismo", y con su muerte en el año 1870 desaparecía la última figura importante de este primer brote de catolicismo liberal.

C. P.



Reunión de una logia masónica con la iniciación de un nuevo adepto, según un anónimo de finales del siglo XVIII (Museo de Historia, Viena). La organización francmasónica, que en el siglo XVIII introdujo sus ideales de fraternidad entre los ilustrados franceses, se identificó en la centuria siguiente con los elementos racionalistas y republicanos.

lia de una nobleza habituada a gobernar por las delegaciones de poder que durante siglos le había confiado la realeza.

Esta era la filosofía de los *ultras,* más realistas que el rey, pues Luis XVIII no tenía ambiciones desmesuradas. Había concedido la *Carta* o Constitución, un poco para dar muestra de su benevolencia, pero una vez promulgada se sentía satisfecho con el poder que aquélla le reservaba. Luis XVIII había vivido durante el destierro en Inglaterra y creía que con un régimen parlamentario como el inglés podría él disfrutar de más tranquilidad que si tuviera la responsabilidad de un gobierno personal. Era ya de edad y gotoso, se entretenía en una amistad sentimental con una viudita burguesa, madame du Cayla, que parecía mezcla deteriorada de las versallescas Maintenon y Du Barry.

Pero como Luis XVIII no tenía hijos, la sucesión recaía en su hermano el conde de Artois, enteramente convencido de la necesidad de restablecer el absolutismo con todas sus consecuencias. Intervenía en la política con una camarilla que se llamaba "ministerio del entresuelo", por el que había que pasar para ir a la cámara regia, en el piso principal. Ante las veleidades parlamentarias de Luis XVIII, decía que prefería ser carbonero a monarca constitucional a la inglesa como su hermano. Añadía que al regresar a Francia había observado que todos iban claudicando, menos él, que continuaba siendo enteramente absolutista, en tanto que La Fayette continuaba siendo enteramente revolucionario.

Entre los claudicantes había varios matices que formaban la oposición liberal, pero todavía monárquica, en contra de los ultramontanos. Aquéllos se contentaban con una monarquía constitucional, esto es, que el rey podía escoger sus ministros sin tener en



Distribución de vino y comestibles al pueblo en los Campos Elíseos con ocasión del nacimiento en 1820 del hijo del duque de Berry, único heredero de la rama mayor de los Borbones, por L. Boilly (Museo Carnavalet, París).

cuenta la mayoría del Parlamento. Los ministros eran responsables judicialmente (por peculado), pero no políticamente. No estaban cohibidos más que por los términos de la Constitución; toda iniciativa política y económica dimanaba del gobierno.

Otros, también monárquicos, exigían una monarquía parlamentaria, y querían que el rey escogiera sus ministros entre los miembros de la mayoría y que los ministros

EL CONFLICTO GRIEGO: PRIMERA DIVERGENCIA DE LOS ALIADOS DE VIENA

Desde fines del siglo XVIII, un movimiento de resistencia al dominio turco se va insinuando en los pueblos balcánicos. La autonomía lograda por Servia en 1815 será un ejemplo de lo que puede conseguirse. Muy pronto en Grecia surgen imitadores que desde distintos ámbitos tenderán a coordinar su acción reivindicadora: guerrillas rurales, propaganda cristiano-nacional de la Iglesia ortodoxa, burguesía indígena opuesta a los terratenientes turcos, sociedades secretas claramente nacionalistas, etc.

1821. Alzamiento griego en las islas y en el continente.
1822. Proclamación de la independencia griega en el Congreso de Epidauro.
1823. Conseguida la liberación, escisión de los griegos en dos bandos y guerra civil.

Austria favorecerá siempre con su apoyo tácito a los turcos en nombre del principio de legitimidad o defenderá, al menos, una neutralidad europea en el conflicto.

Inglaterra será partidaria en un principio del mantenimiento del Imperio turco, pues éste posee el dominio del paso por los estrechos del mar Negro y garantiza con su presencia cierto equilibrio oriental, que en otro caso sería preponderancia griega.

Rusia –próxima por cultura, religión y raza a los patriotas griegos– sostiene una política de apoyo moral a Grecia, que sólo sus compromisos europeos impiden que sea de efectiva ayuda militar.

En toda Europa habrá un gran movimiento de opinión en favor del pueblo griego. En un momento en que la antigüedad clásica, merced a los descubrimientos arqueológicos, se pone de moda, las "élites" simpatizan fuertemente con los sentimientos helénicos. Los conservadores consideran esta guerra como un nuevo combate de la cristiandad frente al Islam. Los liberales subrayan la defensa de la independencia de los pueblos que hacen estos patriotas.

El bajá de Egipto Mohamed Alí, vasallo de Turquía, interviene en Grecia. Los griegos, con la flota desorganizada, no pueden presentar un frente común.
1826. Corinto es conquistada por los turcos.
1827. Conquista de Atenas. Comienza una durísima represión.

Los países europeos se mantienen a la expectativa: Inglaterra sigue reacia a intervenir. La muerte del zar Alejandro I y la subida de Nicolás I –decidido filoheleno– decidirán a ingleses y a rusos a entenderse para solucionar la cuestión griega.

En el sistema de la Santa Alianza, los intereses nacionales empiezan a predominar sobre ella; Prusia y Austria no han logrado que el principio legitimista sea admitido por los rusos o los ingleses.

Las grandes potencias –Inglaterra, Rusia, Francia– gestionan en Constantinopla la autonomía o la independencia para Grecia.
1827. En Navona, la flota aliada derrota a la turca.
1828. El ejército ruso invade los Balcanes.
1829. Paz de Adrianópolis: libertad y autonomía para Grecia, que formará un reino tributario de Turquía.

En 1826, por el protocolo de San Petersburgo, Inglaterra y Rusia se comprometen a obtener la independencia griega. Dicho protocolo se consolida con la adhesión de Francia en el Tratado de Londres (1827).

Austria y Prusia se mantienen neutrales ante el conflicto legitimista.

fueran responsables no sólo judicialmente, sino también políticamente; el ministerio en peso tenía que dimitir si las Cámaras le daban un voto de censura.

Además decían que el primer sistema de monarquía constitucional era absurdo, porque el Parlamento carecía de iniciativa y su única misión parecía ser votar los impuestos y avalar con su beneplácito la soberana voluntad del rey y los ministros. Pero dicho régimen era el vigente en Inglaterra y en los Estados Unidos, sin disminución de la soberanía popular, como se temía que ocurriera en Francia. En los Estados Unidos, porque siendo una república con presidente elegido por plebiscito popular cada cuatro años, necesariamente presidente y Parlamento eran de un mismo partido. En Inglaterra, la monarquía constitucional con ministros irresponsables tampoco resultaba antidemocrática, pues el Parlamento derribaba al gobierno al negarle créditos. Claro que tal obstrucción, equivalente al voto de censura, podía hacerla el Parlamento francés o cualquier otro del mundo, pero sólo en Inglaterra se había hecho eficaz el voto de los presupuestos por el Parlamento.

Por fin, había un partido de opinión republicana irreconciliable con la idea monárquica: era el grupo de los que, como La Fayette, no habían claudicado, más numeroso de lo que presumía el heredero del trono. Durante los diez años del reinado de Luis XVIII, desde 1814 a 1824, los partidos se combatieron con las armas que les permitía la *Carta,* o sea la prensa y el Parlamento; pero aunque se toleraba cierta libertad de prensa, se impedía la circulación de los periódicos con el establecimiento del impuesto o tasa de un sello en cada número, que llegó a ser hasta de veinte céntimos de franco.

La *Carta constitucional* establecía dos Cámaras: un Senado o Cámara de los Pares, vitalicios o hereditarios, escogidos por el rey, y la Cámara de los Diputados, elegidos por el censo de los que pagaban una contribución superior a trescientos francos anuales. La Constitución o Carta borbónica no fijaba recurso para reformarla y, en cambio, permitía que el rey pudiera publicar ordenanzas para la seguridad del estado. Ya veremos que esta regia prerrogativa, notoriamente ambigua, pues no se determinaba cuándo la seguridad del estado peligraba, ocasionó la caída de los Borbones.

Para imponer sus principios, los ultras y las oposiciones se esforzaron en conseguir mayoría en la Cámara de los Diputados. Y, ¡cosa rara!, de la contribución mínima de trescientos francos, que prometía dar un censo reaccionario, resultó un cuerpo electoral en que predominaba la burguesía contraria a los ultras, quienes, al advertir su error, quisieron rebajar la cuota que daba derecho a estar inscrito en las listas electorales, porque los modestos propietarios y casi los proletarios estaban más sujetos a la influencia y al dominio del clero y la nobleza que los medianamente acomodados. El ministro reaccionario Villèle lo precisaba en estos términos: "Desde que existe el mundo, la clase media, envidiada de la clase baja y enemiga de los nobles, es el fermento de todas las revoluciones. Si queréis que lleguen a vuestras asambleas las clases altas, tenéis que hacerlas votar por las clases bajas. Bajad todo lo que podáis, y así anularéis la clase media, que es la sola temible".



Luis XVIII, por F. Gérard (Museo de Versalles, París). Después de los Cien Días fue restaurada la monarquía y Luis XVIII se avino a gobernar como monarca constitucional, pero en 1821 el gobierno cayó en manos de los ultrarrealistas, los cuales prepararon el camino de Carlos X.

FRANCIA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

1815 Los Cien Días de Napoleón. El segundo tratado de Chaumont establece la tutela de los aliados sobre Francia y un ejército de ocupación bajo el mando de Wellington. Estatuto del reino concedido por Luis XVIII.

1815/1816 Elección de la Cámara ultrarrealista, la apodada "Introuvable": medidas represivas contra los protagonistas de los Cien Días: fusilamiento de Ney, Terror Blanco.

1818 A raíz del Congreso de Aquisgrán cambia la política de los aliados con respecto a Francia: la convierten en aliada y se retiran las tropas de ocupación.
Inicio de un período liberal en política interior: ministerio Richelieu-Decazes.

1820/1821 Asesinato del duque de Berry, heredero del trono francés.

1821 Levantamientos "carbonarios" en toda Francia. Violenta represión en todo el país.

1822 Delegada por el Congreso de Verona, Francia interviene en España para restaurar el absolutismo de Fernando VII.

1822/1823 Segunda Cámara ultrarrealista: ministerio Villèle. Se retorna a las medidas autoritarias, depuración del ejército, campaña de recatolización del país.

1824 Asciende al trono Carlos X; se acentúan todavía más las tendencias conservadoras del gobierno: ministerio Villèle.

1825 El partido monárquico se escinde en dos bloques: tendencia gubernamental de carácter ultrarrealista y tendencia abierta –Chateaubriand–, partidaria de la aplicación liberal de la Carta. Formación de una oposición liberal dentro de la legalidad.

1826 Se presenta al Parlamento un proyecto de indemnización a los emigrados. Aprobado con oposición.

1827 La creciente tirantez entre Cámara y gobierno hace que éste la disuelva. Elecciones desfavorables a Villèle, que dimite.

1828 El rey confía el gobierno a Martignac –de la oposición monárquica–, que hace concesiones a los liberales.

1829 A Martignac le sucede Polignac, ultrarrealista.

1830 Se inicia la ocupación de Argel. La Cámara da un voto de censura al ministerio, que la disuelve y convoca nuevas elecciones. Forzado a dimitir, Polignac, con el asentimiento del rey, da un golpe de estado: recurso al ejército, supresión de la libertad de prensa.
Levantamiento en París: los 3 gloriosos (27, 28, 29 de julio). La burguesía resuelve la situación subiendo al trono a Luis Felipe apoyado por el partido orleanista y arrebata la iniciativa al pueblo, que quería República.

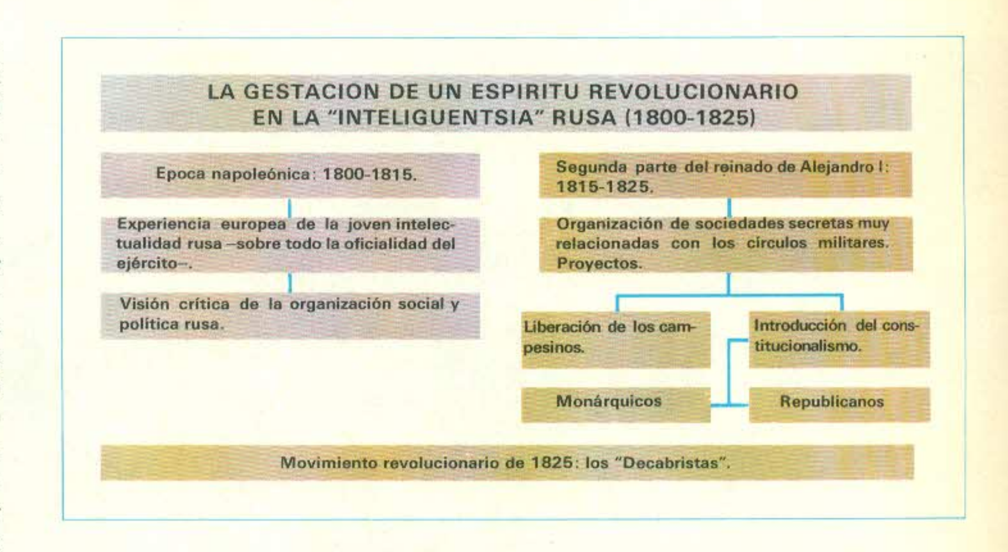
Otra paradoja es que, en ciertos momentos del reinado de Luis XVIII, cuando la mayoría de la Cámara era ultrarrealista, los prohombres ultras tuvieron que sostener que, en caso de disensión entre los ministros y el Parlamento, a éste correspondía la última palabra. Villèle lo subrayaba diciendo: "Ahora nos toca defender las libertades de la nación"; pero era porque la mayoría de la Cámara pedía una represión que el gobierno y hasta el rey Luis XVIII temían consentir. La Cámara de los Diputados pedía "cadenas, verdugos, suplicios para espantar a los revolucionarios y acabar con los complots". Había un "terror blanco", pero no suficiente para los ultras. Les parecía tibio el gobierno constitucional y el rey inconsecuente porque no aprovechaba la mayoría parlamentaria para reformar o abolir la *Carta*.



Carlos X, por F. Gérard (Museo de Louvre, París). Hermano de Luis XVI y Luis XVIII, y sucesor de este último, empezó su reinado en 1824, pero su actitud reaccionaria a los nuevos aires revolucionarios provocó la revolución de julio de 1830, que arrojó para siempre a los Borbones del trono de Francia.

Así transcurrieron en emboscadas electorales y disputas de principios los años casi felices del reinado de Luis XVIII. Pero al subir su hermano Carlos X al trono de Francia se pasó de las palabras a los hechos. Empezó por hacerse coronar en la catedral de Reims como los antiguos reyes de Francia. La ceremonia de consagración tuvo algo de exageración y resultó hasta cierto punto anacrónica en una fecha como la de 1824. La ampolla en que se conservaba el óleo con que san Remigio ungió a Clodoveo y sirvió durante siglos para ungir a los reyes de Francia había sido destruida durante la Revolución; pero se simuló que se había conservado un residuo, y con él se procedió a ungir al último Borbón. Se sacó de su relicario una espada de Carlomagno de dudosa autenticidad, su cetro, la corona y la "mano de justicia"... y para mayor contraste todavía la gótica catedral quedó transformada con bambalinas en un ridículo templo grecorromano de cartón.

Sin embargo, ya no fue pura comedia la legislación que Carlos X trató de imponer después. Consecuente con sus principios, quiso restablecer la dignidad de la rancia nobleza y para ello era necesario indemnizarla de los bienes confiscados por la Revolución. Como la *Carta* de Luis XVIII garantizaba la propiedad a los que habían comprado aquellos bienes, las Cámaras votaron para indemnizar a la nobleza y el clero un crédito de mil millones de francos, valor calculado de las propiedades confiscadas. Para conse-



Batalla en París durante las tres jornadas de julio (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). El levantamiento popular, que ha inspirado a tantos artistas, salió en defensa de la Carta de 1814, promulgada por Luis XVIII y vulnerada por las nuevas disposiciones del gobierno agonizante de Carlos X.

Ataque al Ayuntamiento de París, otro episodio del 28 de julio de 1830 (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). La Guardia Nacional, que acudió a proteger las puertas del edificio, no puedo contener el ataque desordenado del pueblo. Sobre el reloj pronto ondeará la bandera tricolor de los revolucionarios.

guir estos mil millones se hacía un empréstito cuyo interés se pagaría con el ingenioso procedimiento de rebajar del cinco al tres por ciento el interés de la Deuda ya existente. Así, para satisfacer a los nobles y al clero se desposeía de casi la mitad de sus ingresos a los sufridos rentistas (la clase media), que habían invertido sus ahorros en rentas del estado.



Se trató de restablecer los mayorazgos, que vinculaban las tierras a los primogénitos de las familias nobles. La ley tenía un preámbulo que era una declaración de ciencia política conservadora y decía: "Se comprende que en una república haya igualdad entre los hijos para las herencias de los padres; pero en una monarquía es de toda evidencia que el régimen debe ser la desigualdad. La conservación de los patrimonios inspira ideas de orden y mantiene las familias en el rango que conviene para que puedan procurar al estado guardianes y protectores". La ley de los mayorazgos se presentó primero a la Cámara de los Pares, que la rechazó. La nobleza mostraba más cordura que el rey y sus ministros. Las razones que dieron los nobles para rehusar aquel privilegio eran que los primogénitos serían odiosos a sus hermanos desheredados, quienes formarían una clase de descontentos aptos para dejarse influir por las ideas revolucionarias, y que, por fin, como los mayorazgos vinculaban las tierras a perpetuidad en una familia, la ley paralizaría una tercera parte de las tierras de Francia estancando su cultivo.

Menos cauto que la nobleza fue el clero, con la exigencia de leyes y ordenanzas en sustitución de sus antiguos privilegios, en prueba de que una buena parte de él no tenía noción de que el tiempo no pasa en vano. La ley de los sacrilegios invocaba en el preámbulo el ejemplo "del Egipto religioso y culto, que castigaba con la muerte hasta el jurar en falso". "En Atenas –decía la ley francesa de 1825– los que se burlaban de los dioses bebían la cicuta; en Roma, al que profanaba las cosas santas lo arrojaban al Tíber..." El Decálogo era la fuente de las leyes penales de "todos" los pueblos, etc.

Con tales antecedentes ya no extrañará al lector que se deseara un cambio de régimen. Hacía tiempo que los franceses avisados se daban cuenta de la profunda semejanza entre los Borbones restaurados en el trono y los Estuardos después de su restauración. Si Carlos I representaba a Luis XVI y ambos habían sido decapitados, Cromwell tenía su pareja en Napoleón y a ambos habían sucedido, no sus hijos, sino los de los "reyes mártires". Pero Carlos II venía a ser Luis XVIII, y Jacobo II se encontraba retratado en Carlos X. Estas analogías hicieron pensar en una solución parecida a la que tuvo en Inglaterra la fracasada restauración, que había sido posible porque la República era todavía imposible. Pero los monarcas de la rama troncal de la dinastía volvían envanecidos por la circunstancia de que después de despedirlos hubieran sido otra vez entronizados... Acaso una rama segundona de la familia real podría comprender que el papel de un monarca no era el mismo después que antes de la Revolución. Y en Francia había precisamente la rama segundona, los Orleáns, que habían alardeado de liberalismo y hasta participado en la Revolución.

La crisis fatal a la monarquía restaurada ocurrió del 26 de julio al 9 de agosto del año 1830. Descontento el rey por unas elecciones de que había resultado una Cámara opuesta a su política, decretó el 25 de julio

"La Libertad guiando al pueblo en las barricadas", por E. Delacroix (Museo del Louvre, París). Este conocido cuadro, designado al principio con el nombre del hecho que conmemora, es decir, "El 28 de julio de 1830", ha sido y sigue siendo el símbolo de las libertades revolucionarias.



40

Combate en la calle Rohan el 29 de julio de 1830, por Lecomte (Museo Carnavalet, París). Antiguos soldados del Imperio, miembros de la Guardia Nacional y burgueses se unen a los insurrectos en su ataque al ejército real.



BERANGER, INTERPRETE DE LA OPINION PUBLICA

El escritor francés más popular de la primera mitad del siglo XIX fue un hombre al que hoy ignoran los manuales de literatura y cuyas obras raramente se reeditan: Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), de orígenes muy humildes, que se hizo famoso escribiendo canciones que tuvieron una extraordinaria difusión y que admiraron personajes de la talla de un Goethe, un Chateaubriand y un Lamennais. Aquí, más que como escritor, nos interesa como intérprete de la opinión pública, cuya sensibilidad política supo captar certeramente en la mayoría de sus canciones: la historia de éstas es también la historia de cómo el pueblo francés veía los diferentes cambios que iban produciéndose en el país.

La primera de sus canciones que se hizo célebre fue compuesta en mayo de 1813, *El rey de Yvetot,* pintoresca descripción de un rey campechano, pacífico y bonachón, que es una sátira indirecta de las desmesuradas ambiciones del emperador; el pueblo está cansado de tanta guerra y de las grandes empresas napoleónicas, pero cuando en enero de 1814 los aliados invaden Francia, con *Los galos y los francos* incita a resistir al extranjero, no para defender a la patria, sino la casa de cada cual. Una vez caído el Imperio, Béranger empezará a sentir nostalgia de Napoleón y se rebelará contra el intento de restaurar el Antiguo Régimen: de 1814 son canciones como *El buen francés,* protesta contra la ocupación extranjera; *Solicitud presentada por los perros de calidad,* sátira antiaristocrática, y *La censura,* contra las nuevas leyes sobre la prensa.

En los años sucesivos la impopularidad de la Restauración queda reflejada en multitud de canciones burlescas que canta toda Francia: *El marqués de Carabás* (1816), satirizando a los nobles emigrados que vuelven llenos de arrogancia; *La Santa Alianza de los moros* (1816), sangrienta parodia de la liga absolutista forjada en el Congreso de Viena; *Los capuchinos* (1819), de carácter anticlerical, contra la reorganización de las Órdenes religiosas; *Los reverendos padres* (1819), burla antijesuítica, etc. Al mismo tiempo se va creando el mito napoleónico, bien reflejado por *La vieja bandera* (1820), es decir, la tricolor, en oposición a la blanca de los Borbones.

De 1823 es *Nabucodonosor,* contra Luis XVIII, y del mismo año *Nueva orden del día,* en la que se incita a desertar a los soldados franceses que entran en España para restablecer el absolutismo de Fernando VII; luego, en 1825 escarnecerá la solemne consagración de Carlos X en Reims: *La consagración de Carlos el Simple.* Sus obras son varias veces confiscadas por la policía, se le condena a varios meses de cárcel por ofensas a la religión y a la persona del rey, y por incitación a la rebelión, pero ello sólo contribuye a aumentar su popularidad: en prisión recibe innumerables visitas, las multas son pagadas por suscripciones públicas, llueven los regalos y las adhesiones; es el símbolo vivo de la oposición al absolutismo.

En 1830 acoge con entusiasmo la revolución y se declara republicano, pero considerando que el país no está maduro para una república, apoya como solución provisional la candidatura de Luis Felipe; en los primeros años de la monarquía de Julio goza de gran consideración, mientras insiste en la defensa de todas las causas liberales (*Poniatowski,* en 1831, en favor de la libertad de Polonia; *Consejos a los belgas,* 1831, sobre la revolución en Bélgica), pero no tarda en distanciarse del nuevo régimen, refugiándose en un republicanismo platónico. Su prestigio sigue siendo enorme, pero los tiempos han cambiado y sus nuevas canciones quedan ya un poco desfasadas. Los últimos años de su vida son más bien amargos por su inadaptación a las circunstancias y la obligada ambigüedad de su postura: sus críticas contribuyen a la caída de Luis Felipe, pero la república de 1848 le asusta, se inclina cada vez más hacia la defensa del orden, y en este sentido, aunque sin comprometerse excesivamente con el Segundo Imperio, lo acepta, lo cual le vale durísimas críticas por parte de la oposición. A su muerte, en 1857 (después de una crisis religiosa que le lleva a recibir los últimos sacramentos, inesperado desenlace de su anticlericalismo militante de tantos años), Napoleón III decidió anexionarse su popularidad organizándole un solemne entierro de "poeta oficial".

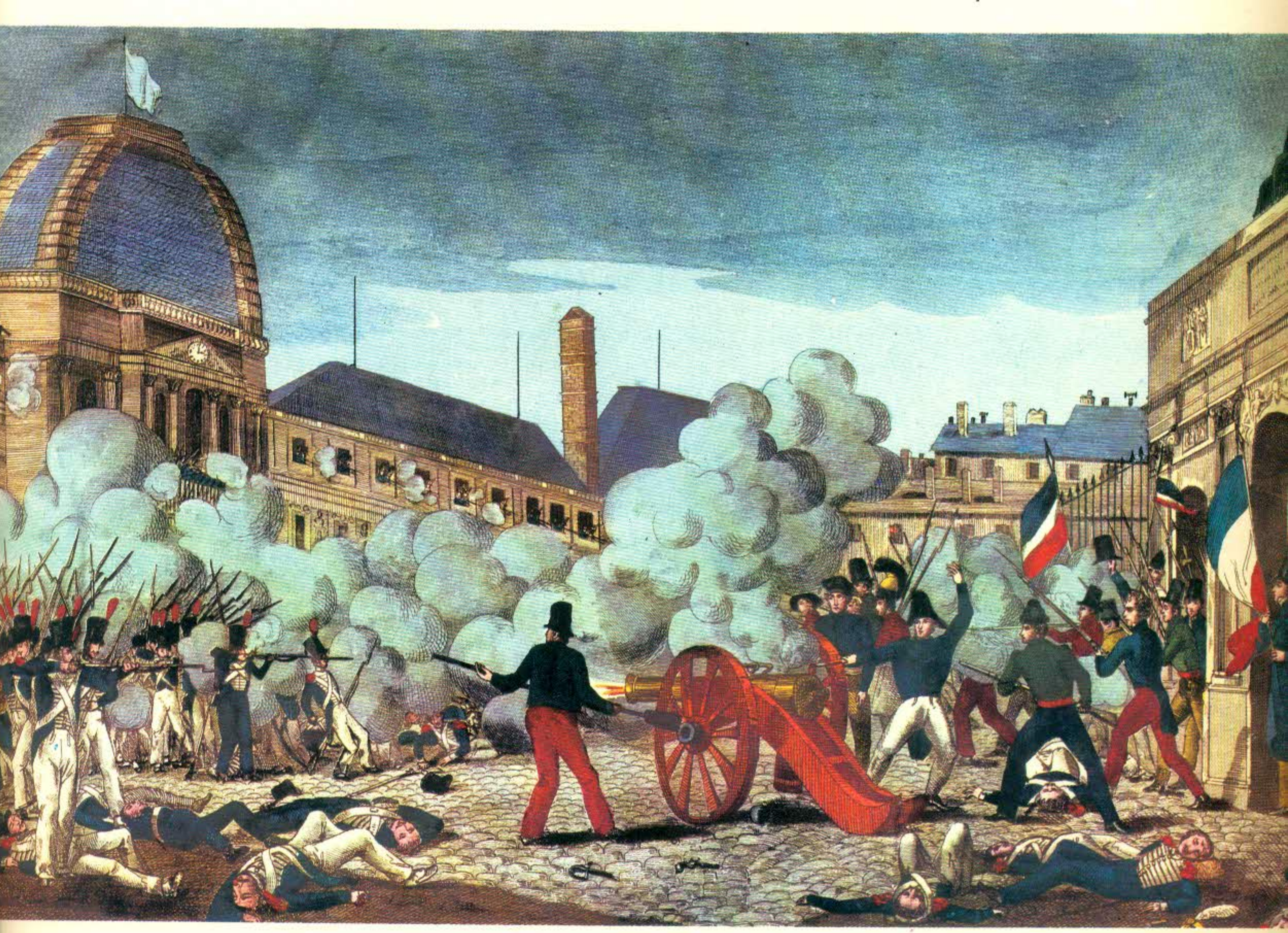
C. P.

las cinco Ordenanzas siguientes: 1.ª Suspensión de la libertad de prensa. 2.ª Disolución de la Cámara. 3.ª Reforma de la ley electoral. 4.ª Convocatoria de nuevas elecciones. 5.ª Nombramiento para consejeros de estado de varios personajes famosos por sus opiniones ultrarrealistas.

Al día siguiente se amotinó el pueblo de París. Fue la llamada "Revolución de Julio". La que más ofendía era la ordenanza contra la libertad de prensa, garantizada por la *Carta*. Los directores de los periódicos redactaron una protesta, que empezaba en estos términos: "El régimen de la legalidad está suspendido, empieza el de la fuerza... El deber de obedecer ha terminado". Así hablaban los periodistas el 26. Dos días después, el pueblo luchaba en las barricadas bajo la bandera tricolor, que los Borbones habían sustituido por la bandera blanca flordelisada. El 29 triunfaban los insurrectos y el rey marchaba hacia Inglaterra, a cortas jornadas, esperando siempre que acabarían por llamarlo.

En los primeros días de agosto todavía se dudaba en París entre instaurar una nueva dinastía con el duque de Orleáns o una república bajo la presidencia de La Fayette, quien probablemente comprendió que Francia no estaba madura para un gobierno republicano moderado; y es posible que el temor de nuevos excesos y venganzas le moviera a transigir con el duque de Orleáns. "Lo que nos conviene es un príncipe popular rodeado de instituciones completamente republicanas." Orleáns hizo manifestaciones de radicalismo y aceptó ser lugarteniente gobernador, hasta que se normalizase la situación. El 6 de agosto, las Cámaras declararon el trono vacante y lo ofrecieron al duque de Orleáns, quien tomó el título de Luis Felipe, rey de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad de la nación: "En presencia de Dios, juro observar fielmente la Carta Constitucional, gobernar por las leyes y conforme a las leyes, hacer buena y exacta justicia, etc.". El texto de la *Carta* de Luis XVIII que concedía al rey "facultad de promulgar ordenanzas cuando

Asalto de las Tullerías por el pueblo de París (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). El 29 de julio, y tras una hora de lucha, el palacio de los reyes cayó en poder de los constitucionales, y la bandera flordelisada de los Borbones fue sustituida por la tricolor.



40



Pieza de orfebrería de plata sobredorada, obra de principios del siglo XIX (Museo del Louvre, París).

peligraba la seguridad del estado", se cambió por la "facultad de promulgarlas para asegurar la ejecución de las leyes, pero no para suspenderlas o alterar su interpretación".

Así se entronizó Luis Felipe, inaugurando el régimen que se ha llamado de la "Monarquía de Julio", por haberla impuesto los motines de julio antes mencionados. Este régimen no fue, ciertamente, tan enojoso como el de los Borbones precedentes; sin embargo, predominó en él, como en el anterior, la tendencia a "curar las llagas de la Revolución", si bien no en forma de marcha atrás, como en aquél, pero sí en la más desastrosa, si cabe, de no marchar hacia delante, como reclamaban los tiempos. La monarquía de julio duró hasta 1848; fueron años de fermento, de ebullición intelectual, de propaganda revolucionaria, porque Luis Felipe no comprendió lo que debía ser "el rey republicano" que pedía La Fayette ni se resignó a ser un "rey que reina, pero no gobierna", como proponía Thiers. Ya hemos visto que Luis Felipe juró aplicar sin reservas ni disminución la *Carta* borbónica, pero nunca sintió la necesidad de una Constitución avanzada, que incorporara la nueva justicia social que demandaba el progreso. Era una época de grandes cambios industriales, con la aplicación de la máquina de vapor y otros inventos. La burguesía se enriqueció enormemente, superando en importancia a la nobleza; pero con la responsabilidad del poder vino a caer en los mismos defectos y errores de la antigua aristocracia. No hizo concesiones al proletariado, y así empezaron los atentados anarquistas y las predicaciones de los socialistas, de que hablaremos en otro capítulo.

La monarquía de julio hubiera podido justificarse como promotora y estimulante de reformas. Luis Felipe lograría excusarse en los cambios económicos que originaba la transformación industrial y hacerse, como un "buen rey" a la antigua usanza, campeón de las mejoras sociales que reclamaba la clase baja. Esta posición adoptó la monarquía en el siglo XIII al aliarse con el equivalente del proletariado en aquel tiempo, los consejos municipales, contra los nobles celosos de las prerrogativas que les concedía el régimen feudal. En el siglo XIII, el rey y la plebe vencieron a los barones y establecieron un régimen nuevo, que también se hizo caduco,

LA FORMACION DE DOS BLOQUES RIVALES EN LA POLITICA EUROPEA A PARTIR DE 1830.

LA CUESTION BELGA

Los belgas católicos-liberales se separan del reino de los Países Bajos, donde predominan los holandeses protestantes-conservadores. Pretenden unirse a Francia. El rey de Holanda pide ayuda a los países legitimistas.

En la Conferencia de Londres, mientras Prusia pide la intervención armada, Inglaterra y Francia hacen triunfar una política de neutralidad y reconocimiento de la independencia belga.

POLONIA

Los polacos deponen al virrey ruso y en seguida se proclaman nación independiente. Esperan ayuda del bloque liberal, Francia e Inglaterra, pero estos países no se la concederán por temor a un conflicto general.

La sublevación polaca será aplastada por el ejército ruso. Tras una represión violenta, Polonia es agregada al estado ruso y sometida a un vasto proceso rusificador.

En Münchengnätz, los tres estados de régimen absolutista, Prusia, Rusia y Austria, llegarán a un acuerdo para coordinar su política antiliberal y mantener el orden establecido en Polonia y Alemania.

Aunque en muchos puntos su política será divergente de la de Inglaterra, Luis Felipe, el rey burgués, se esforzará en entenderse con este país y en 1830 sus deseos de anexionarse Bélgica se pliegan a la "neutralidad" belga exigida por los ingleses.

ITALIA

En Italia, los pequeños estados del centro se sublevan contra Austria, apoyados tácitamente por Francia.

LA GUERRA ESPAÑOLA

A la muerte de Fernando VII comienza una guerra civil en España entre carlistas –partidarios del hermano del rey–, que buscaron el apoyo de Austria y Prusia, y liberales, que se aproximarán a franceses e ingleses.

Francia e Inglaterra apoyarán diplomáticamente a los gobiernos liberales de Madrid y Lisboa en lucha con partidos tradicionalistas y firmarán con ellos la Cuádruple Alianza.



Toma del Louvre el 29 de julio de 1830, por J. L. Bezard (Museo Carnavalet, París).

pero que entonces era el más apropiado a las costumbres de la época. Recordando a Felipe Augusto y a san Luis, debió ser Luis Felipe caudillo y defensor de las mejoras sociales compatibles con un estado monárquico; pero se contentó con ser un burgués más. La Iglesia hubiera podido aceptar todo cuanto había de sensato y necesario en la Revolución y compatible con el dogma; pero en vez de tomar esta posición activa, estimulante y comprensiva, las autoridades eclesiásticas, con raras excepciones, prefirieron mantenerse en una actitud defensiva y adular a la clase media industrial, entonces predominante en la política.

Con sus fortunas colosales, los nuevos hombres de la clase media cínicamente desmoralizaban las elecciones. Empezó a considerarse corriente y lícito lo que después hemos llamado corrupción electoral. El resultado fue la atonía en las altas esferas del gobierno, somnolencia parlamentaria harto fastidiosa para Francia, que se había acostumbrado a la agitación de las jornadas revolucionarias. "Francia se aburre", dijo Lamartine, casi como amenaza. Ni el teatro ni la prensa eran distracciones suficientes.

Uno tras otro, los grupos políticos empezaron a desertar de la monarquía de julio. Desde el principio, los republicanos, irreconciliables con la Restauración, se dieron cuenta de que Luis Felipe no era muy diferente de los Borbones. También se mantenían enemigos los legitimistas, partidarios del conde de Chambord, nieto de Carlos X. A los descontentos se sumó un grupo liberal y hasta un grupo católico y no hay por qué decir que los proletarios, cada vez más numerosos y más convencidos de sus derechos, estaban también en la oposición. Pedían el sufragio universal, para evitar que la Revolución beneficiara solamente a la clase

UNA CARICATURA DE LA CORTE

En 1814, cuando los Borbones vuelven al trono de Francia, aparentemente se quiere ignorar lo que ha ocurrido en el país en el curso de los últimos veinticinco años; el hermano de Luis XVI, Luis XVIII, regresa del exilio y fecha sus primeros decretos "en el año decimonono de mi reinado", y en 1825 Carlos X renueva las pompas más solemnes del Antiguo Régimen haciéndose consagrar en la catedral de Reims. Pero nadie podía ignorar que aquel cuarto de siglo que va desde la toma de la Bastilla a Waterloo, tan pródigo en acontecimientos, no había pasado en balde, y uno de los indicios más claros de esa imposibilidad de resucitar el pasado lo tenemos en el estilo de la corte de la Restauración.

Para empezar, Luis XVIII renunció a Versalles, que tenía para él penosos recuerdos y que le parecía además excesivamente incómodo. El inmenso palacio que había sido escenario de los fastos de la antigua realeza se convirtió en una especie de asilo para familias de emigrados ancianos, que, a pesar de ser nobles, no parecían sentir mucho respeto por el lugar: el gobernador de Versalles tuvo que recordarles que estaba prohibido tender la ropa en las ventanas e introducir cabras y gallinas en lo que había sido espléndida residencia de Luis XIV y sus sucesores.

En las Tullerías, es decir, en el corazón de París, se hizo un esfuerzo por reconstituir la corte de "antes del diluvio", pero lo más que se consiguió fue armar un vistoso decorado que a simple vista recordaba los esplendores de antaño. Títulos, grados, cargos y pensiones vuelven a repartirse como antes, reaparece la etiqueta palaciega de otros tiempos, pero la situación es muy distinta. Luis XVIII ha otorgado una "carta" a sus súbditos y un gesto o una palabra del rey ya no lo pueden todo; ahora hay ministros, diputados, políticos, incluso periodistas, que tienen tanto o más poder que el monarca. Al diluirse el absolutismo, la corte deja de ser el obligado punto de convergencia de todo el reino.

Por otra parte, en la familia reinante no hay grandes personalidades capaces de magnetizar y someter a la nobleza y al país entero con la fuerza de su carácter. Luis XVIII es un anciano comprensivo, hábil y escéptico que sólo aspira a vivir en paz y a devolver a Francia el equilibrio y el orden, y que no tiene la menor pretensión de emular a su ilustre antepasado el Rey Sol. Su hermano y sucesor, Carlos X, que sube al trono ya viejo también, es un hombre obtuso y terco, que en los últimos años se ha hecho fanáticamente devoto y que no tiene más placer que la caza. Poco relieve humano tiene también el heredero del trono, hijo de Carlos X, el duque de Angulema (que en 1823 capitaneó a los Cien Mil Hijos de San Luis que repusieron el absolutismo en España), dominado por una esposa devota y autoritaria, de carácter agrio (su prima también, hija de Luis XVI, llamada "la huérfana del Temple"). Como el hermano menor del duque de Angulema, el duque de Berry, murió asesinado en 1820, el único personaje de la familia que tenía cierto colorido fue su viuda, la italiana María-Carolina de Borbón-Sicilia, de carácter enérgico, vivaz, fogosa e innegablemente novelesca. Ella fue la que inauguró en Francia la moda de los baños de mar (en Dieppe), pero al margen de este hecho aislado y anecdótico, la influencia de las Tullerías en la vida del país fue muy escasa. Los ambiciosos desertan de una corte etiquetera, tristona y, para colmo, sin verdadero poder, y se reúnen en los "salones" aristocráticos, donde fructifican las intrigas más eficaces.

El papel de la corte disminuye aún más a partir de 1830, bajo la monarquía de Julio. Luis Felipe, el rey-ciudadano, suprime casi por completo todo vestigio de pompa y solemnidad; la imagen de la realeza que se quiere ofrecer a Francia es la de una familia burguesa, unida, digna y virtuosa, con un soberano que ha trocado el cetro por el paraguas (no en vano había vivido veinte años en Inglaterra), que va a pie por las calles saludando afablemente a los transeúntes y que recibe a sus ayudantes de campo mientras se afeita. Imposible imaginar una actitud más distinta de la adoptada por Luis XIV. Todavía Luis XVIII había tenido a su lado a una especie de Madame de Maintenon, pero bajo la monarquía de Julio la misma idea de favoritas al modo del Antiguo Régimen es impensable; Luis Felipe está muy enamorado de su esposa, la reina María-Amelia, modelo de virtudes domésticas, y pasa la velada en familia, rodeado de sus numerosos hijos, en un ambiente llano y apacible. A su alrededor, la corte queda reducida a su mínima expresión y su influencia es nula. Ahora la política la llevan los periódicos y los jefes de los partidos.

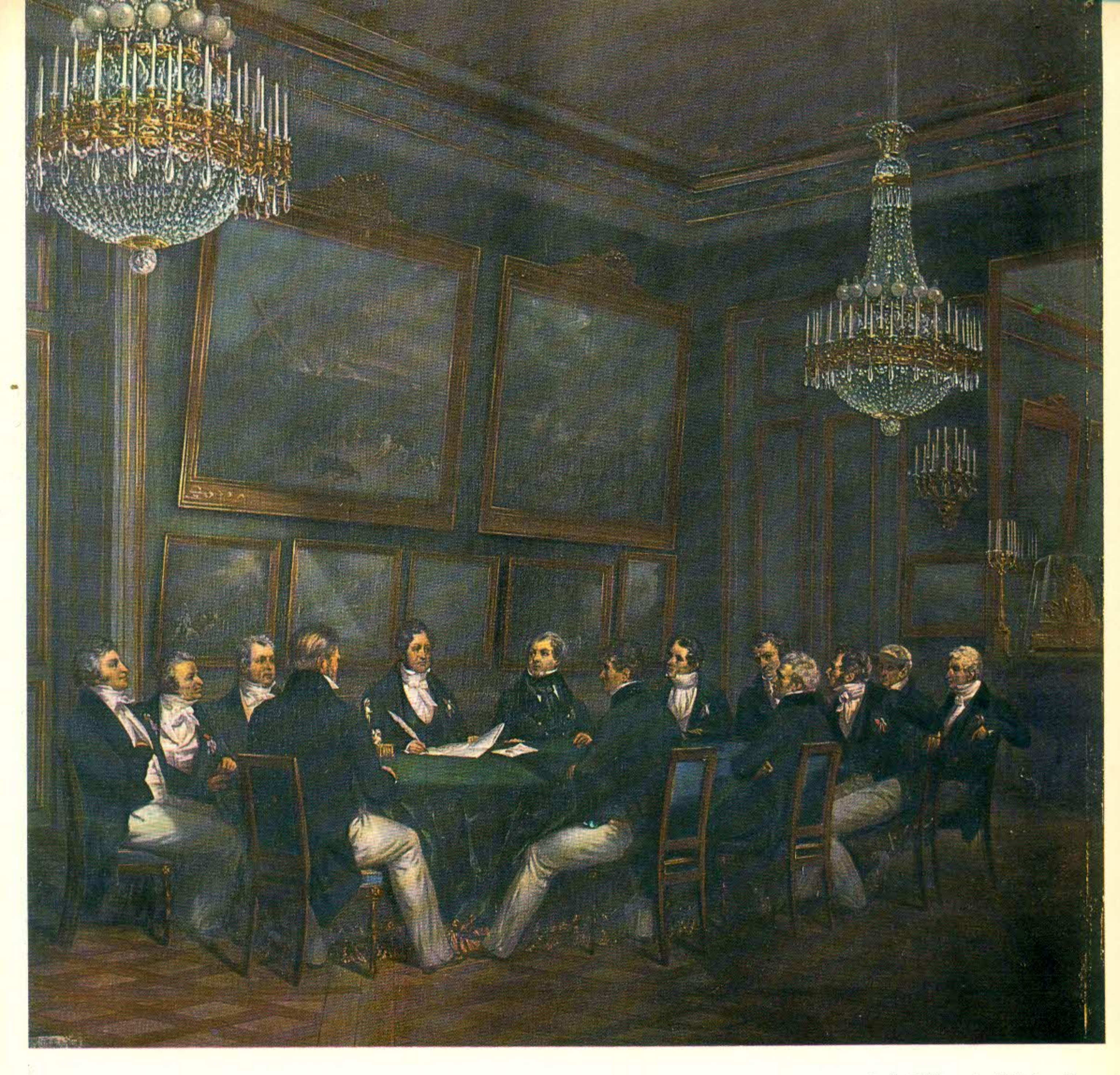
Así, en 1830, junto con los restos del Antiguo Régimen, desaparece ya definitivamente esa típica institución de la realeza absoluta que es la corte, según la había configurado Luis XIV, y de la que la Restauración no había podido dar más que una pálida caricatura. Un poco más tarde, el Segundo Imperio, en su afán de rodearse de pompa y grandiosidad, intentará dar forma a un simulacro de corte a la antigua, se establecerá una etiqueta bastante estricta y se celebrarán lujosas fiestas; pero la época es muy poco adecuada para tales pretensiones, y la corte de Napoleón III, a quien la más rancia nobleza consideraba no sin razón como un simple advenedizo, como un aventurero con suerte, tuvo siempre cierto aire de opereta.

C. P.



media. Guizot, jefe del gobierno, les replicaba: "¡Haceos ricos y votaréis!". "Este mundo no es lugar apropiado al sufragio universal: por este camino todas las criaturas del universo reclamarán derechos políticos."

La terquedad de Guizot fue el inmediato motivo de la caída de la monarquía de julio. Del mismo modo que los nobles desampararon a Carlos X cuando le atacó la clase media, los burgueses desampararon a Luis Felipe cuando le atacó el proletariado. Dos días de barricadas en París, en febrero del año 1848, bastaron para obligar a Luis Felipe a partir para Inglaterra. Marchó en un coche cerrado, a todo escape y haciéndose llamar míster Smith.



Luis Felipe de Orleáns firma la aceptación de su nombramiento para ocupar el trono de Francia el 31 de julio de 1830 en el palacio real de París, por Court (Museo de Versalles, París).

Tanto la revolución de julio como la de febrero fueron poco sangrientas. En la primera murieron 788 revolucionarios y 163 del ejército; los heridos fueron 4.500 y 600, respectivamente. El ejército usaba todavía fusiles de chispa y era casi imposible defenderse por las calles estrechas de París de los proyectiles de toda clase con que se hostigaba a la tropa desde las ventanas. La revolución de febrero fue más dolorosa, porque se tardó algún tiempo en encontrar la fórmula republicana que tenía que sustituir a la monarquía. De ella hablaremos luego, pero anticiparemos que el primer presidente fue Luis Bonaparte, que después se llamó Napoleón III. Esta República constituyó, pues, una primera tentativa, que no debía imponerse inmediatamente.

Sin embargo, la necesidad de hallar una solución democrática para sustituir al absolutismo se sentía en todos los países de Europa. No es, pues, extraño que las revoluciones de julio y de febrero repercutiesen en el extranjero. Francia continuó sirviendo no sólo de laboratorio de política experimental democrática, sino también de estímulo para las otras naciones. Sociedades secretas internacionales de tipo revolucionario, como los carbonarios, contrarrestaban la influencia de los monarcas y ministros absolutistas coligados entre sí y dirigidos hábilmente por Metternich, quien continuaba siendo el árbi-

Luis Felipe de Orleáns, por Winterhalter (Museo de Versalles, París). La revolución de julio de 1830 le llevó al trono, porque en él se cumplían las esperanzas de una monarquía moderada basada en la soberanía popular. Pero el endurecimiento de su política le trajo la ruina y se vio obligado a abdicar y huir de Francia.



tro de Europa. Se ha llamado a este periodo "era Metternich", porque realmente sin su firme convicción de que el régimen constitucional era absurdo, el triunfo de las ideas democráticas hubiera sido universal y fulminante.

Desde su posición de ministro del emperador de Austria, señor de la Europa central y de Italia, Metternich hacía valer el peso de su influencia en las demás cancillerías. A veces tenía que ceder; así, cuando la revolución de julio repercutió en Bélgica, que insistía en separarse de Holanda (aunque esto significaba inevitablemente que Bélgica caería bajo la influencia francesa), Metternich tuvo que consentir en la formación de un nuevo reino con las provincias de Flandes y Brabante. En cambio, la insurrección polaca, que se desencadenó también a consecuen-

cia de las jornadas de julio en París, fue ferozmente reprimida por Austria y Prusia. Igualmente se castigaron con insólita brutalidad las tentativas de los carbonarios para modernizar las regímenes absolutistas de los pequeños estados italianos clientes o súbditos de Metternich. La política de Metternich fue allí fatal para su causa, pues el nombre de Austria quedó en Italia por siempre jamás como sinónimo de oscurantismo, y el odio que Austria despertaba contribuyó a unificar el pensamiento de los italianos. "¡Viva la libertad y mueran los austríacos!", fue el grito de los que más tarde realizaron la unidad de Italia: Garibaldi y Mazzini.

Igualmente ambigua y de dudoso éxito fue la política de Metternich con los estados de la Europa central que forman hoy Alemania. Las guerras de Napoleón habían puesto de manifiesto que era extremadamente peligroso dejar el corazón de Europa triturado en pequeños estados, que podían aliarse con

La Cámara de Diputados presenta a Luis Felipe el acta que le llama al trono y la Carta de 1830, por F. Hein (Museo de Versalles, París). La escena tuvo lugar el 7 de agosto de 1830 en el palacio real.

Entrega de banderas a la Guardia Nacional presidida por Luis Felipe de Orleáns en el Campo de Marte el 29 de agosto de 1830, por E. Dubois (Museo de Versalles, París).



François Guizot, político e historiador francés (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Fue profesor de historia en la Sorbona y autor de numerosos estudios sobre aspectos de la realidad histórica moderna. Con el advenimiento de Luis Felipe al trono fue varias veces ministro y capitaneó a los burgueses conservadores, impidiendo toda evolución y provocando, en parte, la revolución de 1848.



los enemigos de la paz pública, facilitar el paso de ejércitos revolucionarios y ayudar a la propagación de ideas subversivas. En el Congreso de Viena no se había resuelto nada concreto en este asunto. En el año 1815, por iniciativa de Rusia y de Austria, los estados germánicos, mejor dicho, "los príncipes soberanos y las ciudades libres" de Germania, se habían confederado con objeto de "mantener la independencia y seguridad interior de cada uno de los estados". Con la frase "seguridad interior" Metternich creía que todo el mundo podía entender un gobierno reaccionario. La Confederación tenía una Dieta o asamblea reunida permanentemente en Francfort y presidida por el delegado de Austria. Para votar, los delegados de los otros países habían de pedir instrucciones a sus gobiernos respectivos, que, influidos por Metternich, votarían medidas reaccionarias. De esta manera se creía evitar que la Dieta se convirtiera en Convención y que los delegados se contaminaran mutuamente del virus liberal. Austria, Prusia, Sajonia y Baviera tenían cuatro votos cada una, y para mayor seguridad las decisiones de la Dieta tenían que ser aprobadas por unanimidad.

Sin embargo, de tal modo se hacía sentir la fuerza de la opinión que demandaba un régimen constitucional, que algunos príncipes tuvieron que transigir, pero los grandes

Aspecto de la ciudad de París y el Puente Nuevo en 1832, por Giuseppe Canella (Museo Carnavalet, París).

estados se mantuvieron intransigentes. El foco de los "liberales" era el ducado de Sajonia-Weimar, con su famosa universidad de Jena, donde había enseñado Schiller y de la que Goethe era todavía rector. Metternich encontró un aliado poderoso en el rey de Prusia, que continuaba siendo un imperté-rrito absolutista. En una reunión de delegados de los príncipes celebrada en el castillo de Metternich se decidió que la Confederación podría obligar a los estados que habían otorgado cartas constitucionales a derogarlas, si se preveía peligro para los principios monárquicos. Con esta amenaza, el progreso de las ideas de la Revolución francesa en Germania fue lento hasta que sobrevino la caída de Metternich.

Por lo dicho se habrá comprendido que la tarea de transformar la vieja Alemania en una nación moderna era doble: había que unificar aquel mosaico de reinos, principados, obispados, ducados y ciudades libres, y al mismo tiempo infundir en sus ciudadanos un mismo ideal de estado civil apropiado a las necesidades de los tiempos. Siendo imposible avanzar rápidamente en esta segunda empresa por la resistencia que oponían los poderes constituidos disciplinados por Metternich, se avanzó por el otro camino. En 1834 se dio el gran paso estableciendo la Unión Aduanera entre Prusia, Sajonia, Baviera y otros catorce estados menores; luego entraron Hannover, Baden, Nassau, Francfort, Brunswick y Luxemburgo, pero Austria persistió en quedarse fuera, renunciando así automáticamente a su posición de jefe de la Confederación germánica, que asumió Prusia. Los estados de la Unión Aduanera prosperaron enormemente al verse libres por fin de las trabas de comercio que les imponían las absurdas fronteras medievales. Los ferrocarriles construidos entre 1835 y 1848 acabaron por unificar a Germania; y cuando la revolución de febrero sacudió otra vez con fiebre democrática a toda Europa, se había progresado enormemente hacia la unificación y quedaban los alemanes libres para organizar una Confederación sin la impedimenta que para ello significaba Austria.

En Rusia, las reformas propuestas y aun iniciadas por el místico zar Alejandro I fueron suspendidas cuando éste, alarmado por la propaganda revolucionaria de las sociedades secretas en su propio Imperio, renunció a sus ilusiones democráticas, entregándose en cuerpo y alma a la política de Metternich. Cuando Alejandro I murió o desapareció misteriosamente en 1825, dejó en testamento que debía sucederle su hermano menor Nicolás y no el segundo, Constantino, que simpatizaba con las ideas liberales. Se cuenta que al organizar un motín las sociedades secretas en favor de Constantino con el grito de "Constantino y Constitución", tan prematuro era todavía hablar de Constitución en Rusia, que muchos de los que oyeron por primera vez este nombre creyeron que Constitución era la mujer de Constantino. Nicolás I consideró un deber impedir la propagación de las ideas liberales en Rusia. Durante su reinado, que duró treinta años, puede decirse que cerró por completo las fronteras, imponiendo derechos formidables para visar los pasaportes y manteniendo una estricta censura de la prensa.



Episodio de la insurrección republicana de Lyon en 1834 (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). La marcha de la política provocó reacciones serias en varias partes de Francia, pero la monarquía de julio se mantuvo en el poder gracias a ministros como Thiers y Guizot.

En España, las ideas de la Revolución francesa habían encontrado ambiente favorable en las Cortes de Cádiz. Allí se redactó la primera Constitución española, la del año 1812. Por ella se abolía el Santo Oficio y se eliminaban o se reducían notablemente los antiguos privilegios del clero y la nobleza. Al regresar Fernando VII en 1814, sintiéndose protegido por la Santa Alianza, derogó la Constitución, restableció el Santo Oficio y reintegró al clero todos los antiguos privilegios. El resultado fue dividir a España en "conservadores" y "liberales", dos tipos de mentalidad más bien que dos repertorios de ideas, tipos de mentalidad que se han ido perpetuando a lo largo del tiempo, si bien con diferentes nombres. Algo peculiar de España fue la pesadilla de los pronunciamientos. Seignobos dice que la España borbónica careció de generales al estilo de Turena y Condé, pero que durante el siglo XIX los militares fueron los ejes de la política. Esto,



El rey Luis Felipe saliendo de inaugurar el Museo de Versalles el 10 de junio de 1837 en compañía de sus hijos, por H. Vernet (Museo de Versalles, París). De izquierda a derecha: el príncipe de Joinville, los duques de Montpensier, de Orleáns, Luis Felipe, los duques de Nemours y de Aumale.

en gran parte, fue debido a la inferioridad del elemento civil. En España los intelectuales rezagados no sentían la necesidad del progreso, y el pueblo, sin cauce para realizar algo que mejorara su condición por medios legales, se desahogaba quemando conventos, persiguiendo frailes y acuchillando a carlistas...

La serie de pronunciamientos se inauguró con el de Riego en 1820. El país respondió débilmente a su "grito" liberal, pero bastó para que Fernando VII, intimidado, jurase otra vez la Constitución y hasta obligase a los obispos a dar órdenes a los párrocos de sus respectivas diócesis para que la explicasen a sus feligreses. Con los extremos de sentimentalidad exagerada a que son tan propensos los españoles, la Constitución llegó a convertirse en algo casi sagrado e intocable.

Pero con la conversión radical del zar Alejandro a la política de Metternich se creyó que España era el lugar favorable para hacer un ensayo de intervención absolutista, y ya hemos explicado en otro capítulo cómo los Cien Mil Hijos de San Luis entraron en la península para prestar el servicio de policía internacional que reclamaba la Santa Alianza. Era el año 1823, en la etapa más reaccionaria del reinado de Luis XVIII en Francia. La intervención, costosa (la pagó España a la larga) y poco gloriosa (España no se defendió), restauró la absoluta autoridad de Fernando VII.

La revolución de julio tuvo poca influencia en España, porque preocupaba entonces la sucesión al trono y los bandos conservadores y liberales se les conocía como carlistas y cristinos. El nombre de carlista aludía

LA REVOLUCION DE 1848 EN PARIS

1847

marzo — La campaña "por una reforma dentro del orden establecido" fracasa al eliminar la Cámara un proyecto de reforma electoral.

1848 — En el discurso del trono, Luis Felipe se decide a apoyar todas las instituciones existentes, a las que considera "buenas, adecuadas", y a desautorizar duramente a los reformistas.

22-II — Dimisión de Guizot a causa de una manifestación.
Al atardecer, tiroteo en el ministerio de Asuntos Exteriores, a consecuencia del cual mueren algunos paisanos.

23-II — Revolución callejera. Luis Felipe abdica en su nieto. La Cámara acepta, pero el pueblo exige un gobierno provisional. Reunido en el Hôtel-de-Ville, el partido liberal burgués –órgano rector del periódico *Le National*– forma gobierno. Se le une Raspail, republicano socialista, que en nombre del pueblo exige la proclamación de la República y la incorporación al gobierno del programa de *La Réforme* –periódico de los republicanos demócratas–, y uno de sus jefes, Ledru-Rollin, pasa también al gobierno.

25-26-II — Manifestaciones obreras.

28-II — Se crea la Comisión de Luxemburgo, comisión consultiva para solucionar los problemas de los trabajadores, bajo la presidencia de Louis Blanc.

febrero-marzo — La revolución se extiende a todos los departamentos.

15-III — Se acepta el plan de creación de *talleres nacionales*, pero no se confía su puesta en práctica a Louis Blanc.

16-III — Ante la creación de los *talleres nacionales*, la burguesía considera que el gobierno se inclina hacia la izquierda. Manifestación gigante de protesta.

17-III — Manifestación pacífica obrera en apoyo del gobierno y en pro de medidas socializantes.
El gobierno se escinde entre moderados-conservadores y progresistas.

abril — Segunda revolución provincial en sentido más republicano. Se preparan elecciones para la Asamblea.

16-IV — Manifestación o concentración obrera. El gobierno teme un golpe de estado, de carácter comunista. La Guardia Nacional actúa contra el pueblo.

20-IV — Desfiles, conmemoraciones. Parece haber tregua y reconciliación.

4-V — *Asamblea Constituyente:* Los diputados se distribuyen así:
- republicanos moderados-orleanistas liberales,
- republicanos radicales,
- legitimistas.

8-V — Para encargarse del poder ejecutivo se crea la *Comisión Ejecutiva* (5 miembros, ningún socialista).

15-V — Manifestación popular por haber cerrado las puertas del gobierno a los socialistas. Pretexto: la cuestión polaca.

24-V — Thomas, jefe de los Talleres Nacionales, recibe órdenes de ir preparando su disolución.

26-V — *Disolución de los Talleres Nacionales.*

21-VI — Se inician las manifestaciones antigubernamentales.

23-VI — La Comisión Ejecutiva encarga a Cavaignac acabar con la sublevación. Se proclama el estado de sitio, se cierran los clubes, se confisca la prensa. Unos 15.000 detenidos.

27-VI — La Asamblea se pronuncia sobre los "culpables del 23":
- para sus jefes: Consejo de Guerra;
- para los demás: deportación sin juicio.

Crea una comisión de encuesta sobre los *sucesos de mayo y junio*. Objetivo: desacreditar a los socialistas. Paralelamente se inicia una investigación sobre la actuación gubernamental de Ledru-Rollin. Cavaignac se hace cargo del Ejecutivo.

9-VIII — Ley de Prensa: son delitos de Prensa los ataques a la República, a la Asamblea, a la soberanía nacional, a la familia, a la propiedad.

octubre-noviembre — Se discute la Constitución, que, aprobada, fija para diciembre la elección del presidente.

diciembre — Elecciones. Candidatos:
- Luis Napoleón
- Cavaignac
- Ledru-Rollin
- Raspail

1849

13-V — Elecciones para la Legislativa:

partido del orden	450
montaña	180
moderados	80

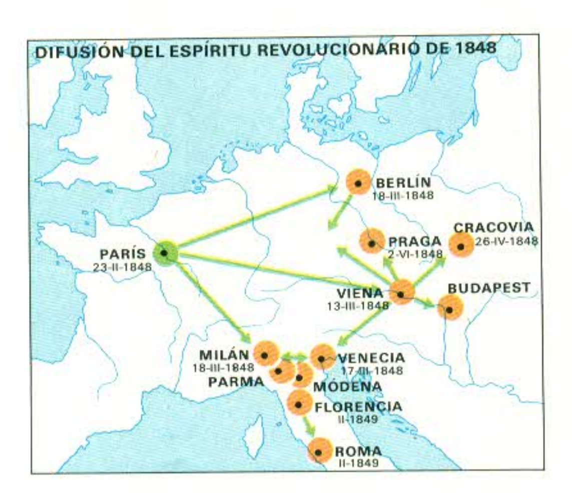
27-V — Disolución de la Asamblea Constituyente.



Lucha en las calles de París entre el ejército real y el pueblo sublevado en febrero de 1848 (grabado de la Biblioteca Nacional, París).

Barricada en una calle de París en 1848 (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). Al pie del grabado, su autor puso esta frase: "Disparad, si os atrevéis, a la bandera de Francia".

a Carlos, el hermano del rey, y el de cristino a la reina Cristina, la cuarta esposa de Fernando VII, que se apoyaba en el partido liberal. Al morir Fernando VII, en 1833, la reina quedó regente de su hija Isabel II, menor de edad; el hermano del rey, Carlos, no se resignó con esta sucesión, y en 1834 empezó la primera guerra civil, que duró hasta agosto de 1839. En Portugal, la lucha entablada entre *constitucionalistas* y *absolutistas* se complicó por la injerencia de Inglaterra, que mantuvo allí su ejército hasta mucho después de Waterloo.



Es una historia monótona, un espectáculo melancólico, ver a Europa agitarse en vano durante el largo período que llamamos "era de Metternich". Sin embargo, de aquella penosa época se saca una lección que todavía no han querido aprender los europeos, y es que no es posible el progreso de un país de Europa si los demás retrogradan o permanecen estancados. Hasta Austria llegaron las salpicaduras de la revolución de febrero. Cuando se supo en Viena el final de la monarquía de julio y que se había proclamado otra vez la República, se produjeron motines de obreros y estudiantes que dieron ánimos a los liberales para pedir al emperador la destitución inmediata de Metternich.

El día 12 de marzo, Metternich compren-

dió que su hora había llegado y pidió que, puesto que su presencia no era necesaria, se le permitiese retirarse. Mientras el viejo guardián de la vida absolutista se despedía así de su amo en palacio, las turbas saqueaban y quemaban su mansión. El 14 de marzo –no había pasado ni un mes desde la caída de Luis Felipe–, Metternich, septuagenario, marchaba también a Londres, adonde llegó un mes después. Por el camino se fue enterando de que había estallado una insurrección en Berlín y que el rey de Prusia había concedido una Constitución. Otro tal había ocurrido en Baviera y algo parecido en Sajonia y Baden. Hasta el papa había concedido reformas constitucionales en sus estados. En Milán, los patriotas liberales se habían sublevado; el Piamonte había declarado la guerra a los austríacos.

Este resumen de lo ocurrido en Europa durante el período que llamamos revolucionario no explica más que en parte lo que iba sucediendo en el orden político. Por debajo de los motines, revoluciones y restauraciones se creaba una sociedad con sus diversas clases de empresarios, propietarios, industriales y proletarios. Antes estaban confundidos en tropel; ahora se reconocían sus derechos y se respetaban sus beneficios. Esto producía cierta calma espiritual que permitía pensar en algo que no fuera la política. Se crearon las bases de la moderna literatura francesa; hasta Thiers fue escritor con sus dos tomos de la *Historia del Consulado y el Imperio*. Guizot, en innumerables folletos, hacía propaganda política. Se lanzaban las primeras ideas del socialismo positivista y, sobre todo, fermentaba el romanticismo. Allí estaban todavía madame de Staël y Chateaubriand, Lamartine y Michelet. Apuntaba ya Victor Hugo con sus primeros dramas. El espíritu humano no puede quedar inerte y apagado. Si se sofoca por un lado, aparece vivo y a punto de inflamarse por donde menos se espera. Esta actividad invisible, pero activa, es lo que no pudo sofocar el espíritu absolutista de los diferentes países de Europa.



El zar Nicolás I de Rusia, por Franz Krüger (Galería de Arte Moderno, Dresde). Su forma de ejercer la monarquía absoluta fue paralela al estilo contemporáneo francés. Enemigo de la introducción de ideas liberales en su reino, sometió todos los estamentos estatales a un severo control. Pero no pudo evitar algunas infiltraciones, que se convirtieron más tarde en revolución.



El general Rafael de Riego (Museo Romántico, Madrid). Un grupo de españoles capitaneados por Riego se rebelaron contra el poder absoluto de Fernando VII y proclamaron la Constitución de 1812. Después de un trienio constitucional, la intervención del ejército francés de los Cien Mil Hijos de San Luis restableció la monarquía absoluta en España.

BIBLIOGRAFIA

Bastid, P.	*Les institutions politiques de la monarchie parlementaire française (1814-1848),* París, 1954.
Bertier de Sauvigny, G.	*Un type d'ultra-royaliste: le comte Ferdinand de Bertier (1782-1864) et l'énigme de la Congrégation,* París, 1948. – *La Restauration,* París, 1963.
Daumard, A.	*La bourgeoisie parisienne de 1815 à 1848,* París, 1963.
Deschamps, H.-T.	*La Belgique devant la France de Juillet,* París, 1956.
Lhomme, J.	*La gran burguesía en el poder. 1830-1880,* Barcelona, 1965.
Lucas-Dubreton, J.	*Louis XVIII. Le prince errant, le roi,* París, 1925. – *La Restauration et la Monarchie de Juillet,* París, 1937.
Ponteil, F.	*La revolución de 1848,* Madrid, 1966.
Vigier, Ph.	*La Monarchie de Juillet,* París, 1965.



Detalle de un cuadro de Goya que representa a Fernando VII presidiendo una Junta de Gobierno, la llamada de Filipinas (Museo Goya de Castres, Francia). Lo grotesco de los miembros de esta Junta puede dar una idea del atraso (cultural y social) de la España de Fernando VII.